

rey de los francos ó franceses, haciendo un viage á la Galla para implorar su socorro: fué recibido de él con muestras de grande veneracion y profundo respeto, y le otorgó luego el auxilio que le pedia, saliendo á campaña contra Astolfo primera y segunda vez, y reduciéndolo á términos de pedir la paz, la que le concedió, á condicion de entregar ó devolver veintidos ciudades, que ciertamente habian usurpado los lombardos, pues pertenecian al dominio de Roma; aunque respecto del papa, era ahora cuando entraban al patrimonio de San Pedro é iban á dar principio á los Estados Pontificios. Mientras el papa permaneció en Francia, consagró de nuevo al rey Pipino, á la reina su muger y sus dos hijos, Cárlos y Carlomagno. El papa Estevan murió el 26 de Abril de 757; y en su lugar fué electo su hermano Paulo. Su gobierno fué idéntico al de su hermano: mantuvo cuidadosamente las relaciones con el rey Pipino, y este le fué siempre fiel. Paulo se dedicó á hacer recoger y trasladar á Roma las reliquias de los santos mártires: edificó una iglesia para depositarlas, y fundó un monasterio para que sus individuos estuviesen destinados á darles culto. Murió á los diez años y un mes de pontificado, y le sucedió Estevan III. Este congregó un concilio en Roma, y resistió con firmeza la eleccion del arzobispo de Ravena hecha contra los cánones, sosteniendo al que habia sido canónicamente elegido. Murió en Febrero de 772, y le sucedió Adriano, diácono de mucho mérito y de ilustre familia.

Habia muerto ya por este tiempo el rey Pipino, y sucedídole Cárlos, á quien por sus grandes proezas se dió el renombre de magno. Este monarca dió fin al reino de los lombardos en Italia, venciendo á su rey Desiderio, que

habia intentado colocar á los hijos de Carlomagno en el trono de Francia: Cárlos tomó á Pavía despues de un sitio de seis meses, y se tituló rey de los francos y de los lombardos. Este rey, que era de una alma grande y muy cristiano, estrechó mucho sus relaciones con el papa, yendo repetidas veces á Roma, donde hizo bautizar á su hermano, y luego á su hija Gisela, que acababa de nacer en Milán. Confirmó la donacion que Pipino habia hecho al papa de las provincias que forman el Estado Pontificio, y la aumentó con nuevos territorios á Levante y Poniente: mas adelante cedió al papa seis ciudades que habia conquistado y formaban parte del ducado de Benevento.

P. ¿Qué estado guardaban las calamidades que sufría la Iglesia de Oriente de parte de los iconoclastas?

R. Habia continuado padeciendo todo el tiempo que duró el reinado de Constantino y de Leon, hijo y nieto de Leon Isaurico, es decir, por mas de cuarenta años; pero respiró bajo la emperatriz Irene, que era católica, tanto, que en 786 se celebró en Nicea un concilio ecuménico, en que fué condenada la heregía de los iconoclastas, y fulminado el anatema contra sus autores y profesores. Suscribieron este decreto los legados del papa, y trescientos cinco obispos, así como la emperatriz Irene y su hijo Constantino.

Vencido el demonio en el Oriente con el golpe mortal que se habia dado á la iconoclasia, suscitó otra nueva heregía en el Occidente, de que fueron autores dos obispos de España: llamóse el adopcionismo, porque consistia su error en tener á Jesucristo por hijo adoptivo de Dios. El papa Adriano y el rey Cárlos no se descuidaron en reprimir esta nueva heregía, haciendo celebrar concilios que la con-

denaron, y refutándola el papa en un escrito amplio y luminoso. Habia reinado Adriano veintitres años y murió en Diciembre de 795. Fué hombre de mucho espíritu, dado á la oracion y la mortificacion: hacia cuantiosísimas limosnas á los pobres, y ofrendas á las iglesias, habiendo reparado muchas de ellas y varios monasterios. Carlomagno le sintió mucho é hizo celebrar sus exequias en todas las ciudades de su reino.

P. ¿Quién fué el sucesor de Adriano?

R. Leon III, natural de Roma.

P. ¿A su eleccion es natural que el pueblo le presta el juramento de fidelidad como á señor temporal?

R. Así fué en realidad; mas tuvo el comedimiento de no recibirle hasta que llegara el embajador de Carlomagno, á cuya liberalidad debia los dominios que habia cedido á la Iglesia.

P. ¿A qué riesgo habia estado el papa Leon III á fines del siglo?

R. Al de perder la vida por una conspiracion que se armó contra él. Los conjurados le acometieron en una procesion á que asistia; mas aunque intentaron darle muerte, no lo consiguieron, porque socorrido á tiempo de los suyos, y retirado despues por el duque de Espoleto, logró curar de sus heridas, y pudo ir á encontrar á Carlomagno, quien le recibió con la mayor veneracion y grandes demostraciones de amistad. Volvió á Roma con grande acompañamiento de arzobispos, obispos y condes, y fué recibido con mucho regocijo del pueblo, del clero y de los magistrados. Los gefes de la conspiracion fueron presos y remitidos á Francia.

P. ¿Qué demostracion hizo Roma con Carlomagno,

en reconocimiento de la predilección que le habia manifestado y de los importantes servicios que le habia hecho?

R. Habiendo sido Carlomagno por cuarta vez á Roma, el papa Leon III, de acuerdo con los principales señores y gefes del pueblo romano, tomó la resolución de hacerle proclamar emperador de Occidente. Fundábase este designio en la grande extensión que tenia ya su reino primitivo de las Galias, aumentado con el de los lombardos, la Germania, parte de España y de la Italia, que eran las provincias y reinos que antes habian compuesto el imperio de Occidente, y que habian conquistado sus armas victoriosas, de modo que no le faltaba mas que el título de emperador.

Resuelta Roma á dar este paso, aprovechó la venida de Carlos, y el dia de la Natividad del año 800, en que habia ido á la Basílica de San Pedro para asistir á la misa, al concluir ésta presentóse el papa con la corona imperial, que le ciñó mientras toda la corte le tributaba el homenaje, y el pueblo gritaba: "Vida y victoria al augusto y muy piadoso Carlos, coronado de Dios grande y pacífico emperador. El papa entonces ungió á Carlos y al príncipe Luis, su hijo, y de este modo el imperio de Occidente halló un apoyo en un príncipe de gran valor y capacidad, en quien no se deslucia la gloria de los Constantinos y Teodosios. Carlomagno ignoraba aquel proyecto hasta el punto de ponerse en ejecución: no se resistió á ello; pero volvió á palacio muy mortificado, protestando que no lo hubiera permitido á saberlo antes de aquella hora. Carlos permaneció en Roma todo el invierno, y en Abril del año siguiente se regresó á su corte.

La protesta que habia hecho este gran príncipe, debe

creerse de muy buena fé, siendo prueba de ello el que cuando hizo la division de sus Estados entre sus tres hijos, no hizo mencion alguna del imperio ni del ducado de Roma. Sus proezas militares habian sido las conquistas de la Aquitania y de la Lombardía, repetidas victorias sobre los sajones en combates muy reñidos, la conquista de Baviera, la de Bretaña, y los triunfos de reñidos combates sobre los hunos, esclavones y búlgaros en la Hungría, y en la España señaladas victorias sobre los sarracenos. En tantas y tan diversas campañas mostró siempre grande actividad é intrepidez al entrar en combate, y gran serenidad para sostenerlo y acudir á los puntos en que se necesitaba de un nuevo esfuerzo ó pronta providencia con que restablecer la batalla.

Bajo su escuela se formaron grandes capitanes que dieron mucho lustre á la milicia francesa, cuyas legiones no cedian en valor y disciplina á las mejores de la antigua Roma. Carlomagno tuvo tambien mucho gusto por la literatura: en su reinado progresaron las ciencias á efecto de sus disposiciones y discretas medidas. Su piedad y religion son bien notorias, bastando lo que hemos escrito, referente á la historia de la Iglesia, para ser de ello un testimonio auténtico: Carlos murió, con muestras de mucha piedad, á la edad de setenta y dos años.

P. ¿Qué aspecto presenta el siglo noveno de la Iglesia?

R. Triste y decadente en todo, menos en los aumentos que tuvo la cristiandad con la conversion de los normandos, de los húngaros, de los dinamarqueses y los suecos, y con las fundaciones de monasterios é institutos religiosos. En Constantinopla, cismas y escenas sangrientas: en la Asia y en las Islas, conquistas y avances de los sar-

racenos: en las cortes, intrigas: en los pueblos de Europa, desmoralizacion é ignorancia.

P. ¿Qué papas ocuparon en él el sólio pontificio?

R. Leon III, que lo tuvo por diez y seis años de este siglo, sobre cinco del que acabó: Estevan V, Pascual I, Eugenio II, Valentiniano, Gregorio VI, Sergio II, Leon IV, Nicolás I, Adriano II, Juan VIII, Martino II, Adriano III, Estevan VI, Formoso, Bonifacio VI, Estevan VII, Romano, Teodoro II, Juan IX y Benedicto IV.

P. ¿Cuál fué en lo general la conducta de estos sumos pontífices?

R. No se puede dar á esta pregunta una respuesta que abrace á todos; por la mayor parte fueron hombres enérgicos y llenos de vigor apostólico, probado en la resistencia que hicieron á los emperadores y los reyes cuando éstos excedian los límites del poder temporal invadiendo el espiritual ó protegiendo á los súbditos de la Iglesia que se le insubordinaban ó abrian un cisma declarado, como sucedió en el cisma del patriarca Phocio, de que hablaremos luego. Entre estos papas hubo uno débil y condescendente, que declinó de la firmeza de sus predecesores y admitió á Phocio á la dignidad de patriarca. Llamábase Juan; fué el octavo de este nombre, y con su debilidad y cobardía dió lugar á que se le llamase *muger en traje de hombre*, y á que se inventase la fábula de la papisa Juana. Los mas de estos papas resplandecieron en la piedad para con los pobres, en la religiosidad con que acrecentaron el culto, reponiendo las iglesias, aumentándoles rentas y enriqueciéndolas con dones preciosos. Otros sobresalieron por su ciencia y por el impulso que dieron á los estudios. A fines del siglo lograron los príncipes secula-

res tener mucha mano en la eleccion de los papas, y esto dió lugar á la eleccion de algunos que verdaderamente eran indignos de tan alto puesto, y que con sus caprichos, espíritu de partido, antagonismo, y aun venganzas crueles é impías, mancharon su reinado, como lo hizo Estevan VII, de lamentable memoria.

P. Referidnos la historia de ese cisma ocasionado por el patriarca Phocio que acabais de insinuar.

R. Aunque este ocurrió á mas de la mitad del siglo, lo referimos por suceso análogo á la materia y encadenado con la historia de los papas de que acabamos de hablar.

Segun algunos, fué Phocio eunuco y secretario del César Bardas. Era hombre artificioso y de una ambicion desmedida; tenia literatura y un ingenio vivo y travieso, aunque viciado por sus pasiones y la malignidad que éstas engendran.

Disgustado el César Bardas por no tener en el gobierno del imperio toda la parte que apetecia, persuadió al emperador á que hiciese retirar de él á la augusta Teodora, hermana suya: hizolo así el emperador, y quedó Bardas con el total manejo del imperio.

La augusta Teodora habia sacado del monasterio á Ignacio, hijo del emperador Miguel Rangave, y hécholo consagrar patriarca de Constantinopla. Era Ignacio hombre instruido en las ciencias sagradas y de mucha santidad, y desarrolló lo uno y lo otro en el gobierno de su iglesia, en que se condujo con la firmeza y prudencia propia de los santos.

Como el César Bardas quisiese asegurar su triunfo, trató de que se diese el velo religioso á la augusta Teodora contra su voluntad, y para ello dió el encargo al santo patriarca

Ignacio. Resistióse éste á ejecutar tal atentado, é incurrió con esto en la indignacion de Bardas, quien con pretexto de conspiracion lo depuso de su silla y colocó en ella al mencionado Phocio, su secretario. Consagróle un obispo siracusano, depuesto por gravísimos delitos: esto pasaba en el año 858, en que fué electo papa San Nicolás I, contra quien Phocio no dudó rebelarse, vendido en todo á la voluntad del César Bardas.

Este tenia tambien contra el santo patriarca Ignacio un resentimiento tan injusto como profundamente grabado en su corazon protervo. Provenia, este de que Ignacio le habia amonestado varias veces por los excesos de su escandalosa vida; pues se habia separado de propia autoridad de su muger legítima, y vivia públicamente con su nuera. Hubo mas, y fué que despreciando Bardas las correcciones del santo patriarca, se atrevió á presentarse en la iglesia un dia solemne para participar de los divinos misterios. Horrorizado Ignacio, le separó de la comunión, amenazándole con el juicio de Dios, y Bardas furioso sacó la espada para atravesarle; pero al tiempo de ejecutar el golpe, se contuvo y reservó su venganza para otro tiempo.

Con tales antecedentes fácil es comprender hasta qué punto llevarian sus maniobras Bardas y Phocio. Luego que Phocio se vió en la silla patriarcal, hizo atar á Ignacio y le encerró en una estrecha prision. Al mismo tiempo reunió Bardas un concilio é intrigó con los obispos, de modo que depusieron á Ignacio; mas como á pesar de todo Ignacio se mantenía firme en no dar la renuncia de su silla, le enviaron desterrado á la Isla de Lesbos en Agosto de 859.

Cometido todo este grande y sacrílego atentado, Phocio

trató de sorprender al papa, dando á entender que Ignacio habia renunciado libre y espontáneamente, y que él habia sido obligado á admitir la silla patriarcal contra su voluntad; pero se engañó mucho, porque Nicolás era prudente y trató el asunto con circunspeccion: contestó las cartas de Phocio y del emperador comedidamente, pero reclamando la irregularidad de la eleccion de Phocio y de la deposicion del legítimo patriarca Ignacio. Envió, sin embargo, los legados que se le pedian, porque era con el pretesto de que asistiesen á un concilio en que se trataba de extinguir la heregía de los iconoclastas.

Llegados á Constantinopla los legados, hicieron aquellos perversos lo que acostumbraban, esto es, tratar de seducirlos con dádivas y halagos; y si resistian, obligarlos con las amenazas y la fuerza. Mientras tanto, Phocio reunió el concilio, cambiándole de asunto; pues hizo comparecer ante él al patriarca Ignacio, para que se le juzgase y depusiese con la presencia de los legados; pero el santísimo y vigorosísimo Ignacio se defendió valerosamente, y declinando la autoridad de aquellos jueces vendidos y comprometidos, apeló al papa. Irritados con esto los contrarios de Ignacio, llevaron á mas alto punto sus violencias; pero Dios le libró de sus manos, y anduvo errante por los desiertos y los montes: entonces affligió á Constantinopla un terremoto espantoso, que estuvo repitiendo por espacio de cuarenta dias. La consternacion misma hizo que el pueblo se sublevase clamando porque cesase la persecucion del santo patriarca Ignacio. Aterrados tambien el emperador y el César, suspendieron la persecucion, y el patriarca volvió á Constantinopla. Sin embargo, Phocio ocupaba la silla patriarcal, y el concilio habia confirmado la de-

posicion de San Ignacio, á pesar de su apelacion al papa.

Vueltos los legados á Roma, trataron de ocultar su prevaricacion; pero el santo y discreto papa conoció bien lo que habia pasado, y cerciorándose luego de ello por los muchos que habian huido de Constantinopla y refugiándose á Roma, reunió en esta un concilio para juzgar la cuestion de Constantinopla y la conducta de los legados. Uno de estos fué depuesto y excomulgado; y el juicio del otro fué reservado para cuando volviese de Francia. En cuanto al fondo de la cuestion, el concilio, despues de enumerar los crímenes de Phocio, falló que éste fuese privado de la dignidad de patriarca que habia usurpado, privado de toda distincion sacerdotal y de toda funcion clerical; y tanto, que si de alguna manera contraviniese á este decreto, fuese privado de toda esperanza de volver á la comunion de la Iglesia y anatematizado de nuevo. La misma sentencia dió el concilio contra el obispo siracusano que habia consagrado á Phocio, declarándolo ya depuesto y sin esperanza de rehabilitacion: fulminó tambien entredicho personal contra todos los que habian sido ordenados por Phocio.

Finalmente, declara el santo concilio nula é injusta la deposicion del patriarca Ignacio, y manda sea repuesto en su silla y ejerza todas las funciones de su ministerio, y goce todos los honores y prerogativas de su alta dignidad; ordenando, por último, la reposicion de todos los obispos y clérigos que habian sido depuestos ó desterrados despues de la deposicion de Ignacio.

Con esta decision del concilio, montó en cólera el emperador, y escribió al papa una carta llena de injurias y de ultrajes: el papa le contestó con mucha energía, sin disi-

mularle ninguna de aquellas verdades que debía oír; pero sin ultrajarle, ni faltar á la dignidad que se debía á sí mismo.

Anduvo el tiempo, y la mano de Dios vibró la vara de su justicia contra los tiranos perseguidores que tanto escándalo habian dado en la Iglesia. El César Bardas fué muerto por orden del emperador mismo, compañero de sus crímenes, y luego fué asesinado éste por orden de Basilio, á quien habia asociado al imperio. Estaba profundamente embriagado cuando recibió el golpe mortal.

Con la muerte de Bardas y de Miguel, fácil es comprender que, falto de apoyo, cayó el intruso patriarca: el nuevo emperador le echó de la silla que habia usurpado, y le confinó á un monasterio. Al mismo tiempo envió á Ignacio la galera imperial para que volviese, y el domingo 23 de Noviembre de 867 entró solemnemente el patriarca legítimo en su iglesia entre las aclamaciones de la ciudad entera. Luego que se vió repuesto, pidió al emperador que señalara un concilio ecuménico para poner remedio á todos los males que habian afligido á la Iglesia. El emperador convino, y escribió al papa, remitiendo su carta por medio de Eutimio; mas cuando este llegó á Roma, ya habia muerto Nicolás y sucedídole Adriano II, varon de mucha virtud y gran reputacion. Este convocó un concilio en Roma, donde hizo condenar el libelo que contenia las calumnias inventadas por Phocio contra la Santa Sede: condenó de nuevo al mismo Phocio, y declaró los casos en que serian admitidos á penitencia sus cómplices, que arrepentidos volviesen á la unidad de la Iglesia. No contento con esto el papa, convino en la reunion del concilio general que se le pedia, y que en efecto se reunió en

Constantinopla, celebrando su primera sesion en 5 de Octubre de 869: los legados del papa le presidieron: celebró diez sesiones.

Citado Phocio ante el concilio, se negó á comparecer y lo llevaron contra su voluntad para juzgarle. Los legados del papa dijeron al senado: “¿Quién es ese hombre que está de pié en el segundo lugar del concilio?” respondieron los senadores: “Es Phocio.” Los legados repusieron: “¿Este es Phocio, el que ha causado tanta pena á la Iglesia Romana hace siete años, que ha destruido de arriba abajo la Iglesia de Constantinopla y fatigado á las iglesias de Oriente?” Los senadores dijeron: “El es.” Entrando despues al interrogatorio con el mismo Phocio, éste calló atrevida y maliciosamente á todas las preguntas que se le hacian, hasta que fatigados los jueces, esto es, los legados y todos los padres del concilio, le declararon que su silencio no le aprovecharia, pues sobaban datos para formarle su proceso y sentenciarle.

Por fin, en la sesion décima, el concilio general fulminó su sentencia en veintisiete cánones, cuya sustancia es la siguiente: “Se confirman los decretos del papa Nicolás y del papa Adriano en favor de Ignacio y contra Phocio: se declara que Phocio no ha sido jamas obispo, y que todas las órdenes que ha conferido son nulas, y que las iglesias ó altares que ha consagrado no lo están, y deben ser consagrados de nuevo: se anatematiza á Phocio por todos sus procedimientos, y en especial por haber supuesto falsos legados de Roma: se declaran nulas todas las promesas que habia exigido al clero para su conservacion: se declaran depuestos los obispos y clérigos que habian sido ordenados por los legítimos patriarcas, y que seguian el partido

de Phocio sin someterse al concilio: se prohibe, ademas, promover de un golpe al obispado á un leyo, y se prescribe que para ser consagrado obispo haya de contar diez años de ser eclesiástico, debiendo haber sido un año lector, dos subdiácono, tres diácono, y cuatro presbítero: se prohibe elegir obispo por mandato del príncipe, y á los legos poderosos el intervenir en la eleccion de obispos ú oponerse á eleccion canónica que haya hecho la Iglesia." Estas, y otras decisiones importantísimas, fueron el fruto de este octavo concilio general, que fué el cuarto y último de Constantinopla.

P. ¿Cuáles habian sido los lamentables progresos de los sarracenos en este siglo?

R. A los principios de él, fundaron á Fezt y la hicieron capital de la Mauritania: luego armaron una flota y se apoderaron de la isla de Creta, y edificaron una ciudad murada que se llamó Candace, por lo que la isla perdió el nombre de Creta y vino á llamarse Candia. Andando el tiempo, asaltaron la Sicilia y la asolaron toda, y hasta en la misma Italia hicieron desembarcos varias veces por el espacio de veintiocho años. En uno de estos desembarcos sorprendieron á Roma y robaron el templo de San Pedro; mas á su regreso, los castigó el Señor con el fracaso de sus naves, que se fueron á pique en una tempestad. Por el año 845 sufrieron tambien una gran pérdida en España, en un célebre combate que les ganó el rey D. Ramiro I. Fué contra Abderraman, rey de Córdoba, que habia exigido á Ramiro con nombre de tributo cien doncellas, que otros reyes se habian visto precisados á darlas, oprimidos de sus armas victoriosas. A tal propuesta, Ramiro se llenó de horror, y resuelto á perecer an-

tes que consentir en tan vergonzoso como lastimoso sacrificio, reunió su ejército para oponerse al moro, quien sin tardanza vino contra él con numerosas fuerzas. Avistáronse en los campos de Alvela, y todo un dia lidiaron sin que se decidiese la victoria. Ramiro habia perdido mucha gente, y se retiró en la noche á la montaña de Clavijo en la Rioja. Al dia siguiente ordenó de nuevo sus tropas, y alentándolas con la confianza en la proteccion de Santiago Apóstol, cayó sobre los moros con tanto ímpetu, que los derrotó completamente, quedando muertos en el campo de batalla setenta mil sarracenos. El rey, los prelados y todos los grandes de su corte, atribuyeron, con muy justa razon, este triunfo á la proteccion del Apóstol, teniéndole por milagroso; y en reconocimiento á tanto favor, hicieron voto de pagar cada año á su templo un tributo de cierta cantidad de trigo y vino, sobre lo cual escribieron un diploma, que fué despues confirmado por varios reyes y corroborado por los decretos de algunos sumos pontífices.

En tiempo del papa Juan VIII amagaron de nuevo los sarracenos á Roma; en vano acudió el papa al emperador y á otros reyes de Occidente; en vano imploró el auxilio del emperador de Oriente; todos le abandonaron, solo Carlomagno se puso en movimiento con fuerzas imponentes; mas cuando podia lograr el triunfo casi sin riesgo, abandonó la empresa y se retiró, de modo que el papa se vió en la precision de tratar con los sarracenos, obligándose á pagarles anualmente veinticinco mil marcos de plata. Mas adelante, las tropas del imperio de Oriente los batieron y consiguieron algunos triunfos sobre ellos; pero esta raza inagotable volvia despues á infestar las costas de Italia, y talaba y robaba quanto podia. En Roma llegó á tanto la